Díaz-Plaja escritor en catalán

En la inmensa bibliografía de nuestro llorado amigo quizá la obra estrictamente catalana ha quedado, a veces, un poco diluida. Pero su aportación fue muy primeriza y novedosa desde los años treinta. Andan dispersas muchas colaboraciones en el gran semanario *Mirador* y en periódicos como *La Publicitat* y *La Veu de Catalunya* y que algún día espero que merecerán ser rescatadas en forma de libro. Igual que otros textos perdidos en revistas literarias.

Su primer libro en catalán es *Una cultura del cinema (Introducció a una estètica del film* (1930), título revelador de una inquietud muy al día. *L'avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica* (1933) fue el primer estudio, panorámico y de síntesis, de un tema todavía palpitante. Esta obra, a pesar de otras aportaciones recientes, se ha convertido en clásica para el vanguardismo catalán. *Cartes de navegar* (1935) fue más bien una divagación-ensayo que no llegaba a las cien páginas. *L'evolució del teatre* (1934) sería ya uno de esos "approach" a un género que con tanta sutileza y espíritu pedagógico prodigó luego en sus manuales de enseñanza literaria. *De literatura catalana. Estudis i interpretacions* (1956) será su primer libro en catalán de posguerra y en él recogió valiosos estudios dispersos sobre la poesía barroca en Cataluña, el pre-Romanticismo y la pre-Renaixença, la geografía poética de Verdaguer, *Terra baixa* de Guimerá, el Modernismo en Cataluña, el ritmo y la rima en la prosa de J. V. Foix, etc. Con motivo de cumplir los cincuenta años editó, sólo para los amigos, *Papers d'identitats* (1959), prosa lírica, con notas autobiográficas que, al decir de un crítico, "contienen un autorretrato que puede ponerse junto a los mejores pasajes de la prosa catalana contemporánea". *Viatge a l'Atlàntida i retorn a Itaca* (1962) es un brillante ensayo, a veces paradójico e incluso discutible, que gustaba especialmente, y así lo proclamaba, al presidente de la Generalidad de Cataluña, Jordi Pujol. Con *La defenestració de Xènius* (1968) Guillermo Díaz-Plaja puso a disposición de los investigadores todo el material inédito que explica cómo fue destituído Eugenio d'Ors —entonces Xènius— de sus cargos públicos en Cataluña y revela muchos entresijos que, hasta entonces, se conocían parcialmente y por tradición oral. *Les petites històries* (1969) agavilla ensayos diversos —uno sobre Josep Pla— y notas sobre escritores catalanes, aparecidas en los años treinta, además de los ensayos líricos y narrativos que bautizan al libro. Incluye uno de sus libros de poemas y la reedición de *Papers d'identitat*.

Finalmente merecen un breve comentario sus dos únicos libros de versos en catalán: *Les claus* (1965) y *Sota la llum d'Ausiàs* (1979). Virtuosos de la lengua y de la rima, conserva, sin embargo, el pálpito de una espiritualidad quizá un poco estética y de una sensibilidad que jamás fallaba en él. Hay poemas autobiográficos, algunos melancólicamente familiares, otros más intelectuales.

Pero como catalán, Guillermo, supo divulgar en el resto de España, e incluso en América, la riqueza de la cultura catalana. En sus manuales y en sus antologías y ensayos no olvidaba esta presencia. Predicaba un principio elemental, que unos desconocen y otros todavía quieren desconocer: que la cultura española no es sólo la que se escribe en castellano. Puente intelectual —y a veces incluso político—, ejerció una función en muchos aspectos insustituible. Pero además era escuchado y, cual oráculo, difícilmente sus argumentos eran replicados por los indocumentados o sectarios de turno. ¡Cuántos estudiantes castellanos, extremeños o murcianos tuvieron noticia de Llull, Joanot Martorell, Maragall, Carner o Carles Riba a través de los libros de texto de Díaz-Plaja! A esos libros, con su

buen humor característico, él los llamaba "la industria textil".

Y no olvidemos, en esta tarea de dar a conocer lo genuinamente catalán, su antología *Cuentistas catalanes contemporáneos*, que publicó Aguilar en 1942. Y la dirección de la *Historia general de las literaturas hispánicas* (en seis volúmenes).

Su figura es insustituible y los amigos hemos perdido a alguien que era siempre un embajador de la Cultura.

ALBERT MANENT

El primer libro póstumo de Guillermo Díaz-Plaja

Este libro, *Ensayo sobre comunicación cultural*, que acaba de publicar Espasa-Calpe, es el último, o el primer póstumo, de Guillermo Díaz-Plaja. Haría el número doscientos, si es que la cifra se tomaba con literal rigor o más bien sea una manera de referirse a la gran cantidad de ellos, lo mismo que Lope de Vega a sus mil y quinientas comedias de las cuales, más de ciento en horas veinticuatro, pasaron de las musas al teatro, como casi otros tantos títulos de Guillermo pasaron al mazo libresco, entre ellos éste de la recogida, temáticamente ordenada, entre los numerosísimos artículos que iba dando a periódicos y revistas españolas e hispanoamericanas y textos de conferencias pronunciadas en cualquier parte del mundo. Silva de varia lección, selva, por el vigor y la numerosidad, pero en el orden, el voluntarismo en la plantación de un rico y cuidadísimo jardin. Libros que ellos mismos se le iban imponiendo en la organización mental de todo su quehacer, en tanto seguían su camino aquellos otros monográficos, —muchos poéticos— sus ensayos mayores, de los grandes temas de su investigación que se proponía tratar rigurosamente, bien remejidos en cursos, conferencias y anticipos periodísticos; el último sería el que dedicara al novecentismo.

Esta vez se ha perdido esa emoción de mirarle el rostro y escuchar el primer vagido de sus hojas, de acariciar por el tejuelo a un nuevo hijo de su numerosa y, hermosamente hablada, prole literaria. Como se nos fue Guillermo Díaz-Plaja en pleno verano, cuando andábamos todos dispersos y no nos despedimos, cuesta trabajo pensar que no está repasando las carpetas y proyectando o volviendo de algún viaje para un libro, para muchas conferencias, cursos y artículos más. Como si no se hubiera muerto, le hemos visto ultimamente en la televisión —dos meses después que los medios de comunicación notificaran su entierro— tomando parte en un soloquio sobre su Eugenio d'Ors. Pero ya se ha muerto y no nos puede oír o leer sobre su libro, sobre su último libro, siempre cercano de otro anterior ("¡Déjanos respirar Guillermo!, le hube de decir mi cariño un día, como crítico asíduo suyo) que en este caso fue un título que realmente resume y que es el que verdaderamente tenía que haber sido el último: *La vida entre los libros*.

Reconozco alguno de estos artículos porque pasaron por mis manos para el suplemento literario de *Pueblo* que tantos años dirigí. Veo —y cuánto me duele en el corazón que no estemos riéndolo juntos— que para organizar este hechido volumen utilizó las copias y no el recorte impreso, porque en cierto lugar le había corregido, ¡pecador de mí!, un lapsus, que ahora se consuma, donde daba como argensolino— de cualquiera de los Argensola— el prodigioso verso de Pedro Espinosa "¿Quién te enseñó el perfil de la azucena?". El, tan hercúleo para ese cuerpo a cuerpo con los innumerables textos literarios que admiraba en Menéndez Pelayo, para fajárselos una u otra vez había caido —¡y cómo lo reíamos!— igual que el maestro cántabro, en aquel traspiés en que dejó equivocados sus subrayados por las buenas en unos poemas de Fray Luis de León como versos de referente horacia-